



## Adiós a la Armada

**Enrique Cordovez Pérez ❖**  
**Capitán de Navío**

Para los pasajeros que habitualmente hacían el viaje por mar entre el continente e Isla de Pascua, el AP Pardo navegaba de través con un balance más frecuente y brusco que el ritmo acompasado del AP Aquiles. Este último había sido relevado de cumplir la comisión del año 1994 por su programa de reparaciones en Asmar Talcahuano. Los investigadores del Programa Oceanopolítico Integrado, que formaban parte del Cuarto Crucero Científico a Rapa Nui, también habían disminuido por contar este nuevo transporte con menos acomodaciones.

Era una mañana de domingo en la mar. Parte de la dotación y otros tantos pasajeros estábamos en los comedores, para oír la misa del capellán que se había embarcado en esta oportunidad. Debo confesar que durante la celebración de la eucaristía me distraje al mirar el oleaje por una claraboya pensando que, después de 25 años, este sería mi última navegación vistiendo uniforme.

Cada mes de agosto es convocado el Consejo Naval y los almirantes, encabezados por el Comandante en Jefe, deciden cuáles oficiales superiores integrarán el Alto Mando y aquellos que deberán dejar la Armada. Normalmente, la mayor cantidad de los llamados a retiro se produce en la promoción de los que han cumplido 5 años en el grado de Capitán de Navío. No obstante, los navíos de la generación egresada en 1970 éramos muchos y varios compañeros de curso no logramos "pasar agosto" con sólo dos años en el grado. De hecho, la promoción que egresó tras de nosotros nos apodaba "el coágulo" ya que por años fuimos retrasando sus ascensos al ocupar todos los cupos disponibles.

En cualquier actividad la desvinculación laboral es un evento traumático, pero quizás sea mucho mayor cuando se debe volver a la vida civil, dado el fuerte compromiso afectivo con una profesión en que la vocación es fundamental. Como decía un amigo: "No es que te echen, lo que ocurre es que te pateó la polola". El veredicto del Consejo no era definitivo por existir una instancia de apelación, que naturalmente utilicé, sin embargo, tenía poca fe en que fuese acogida ya que mi posgrado en sociología me alejó de la carrera operativa. Tras el rechazo de la apelación estuvo vigente la promesa de ser recontratado para continuar mis funciones en la Reserva Naval, pero aquella duró hasta diciembre.

**Página 1 de 7**



El año 1994 había comenzado muy auspicioso. El almirante Germán Dufeu fue designado Director General del Personal. Seguramente porque valoró mi gestión en la Dirección de Educación, gestionó que fuera transbordado como su asesor. Así que la nueva oficina me esperaba en un cuarto piso de la calle Prat en Valparaíso, justo al frente del que albergaba a las principales direcciones de la Armada. Sin secretaria, pero con computador, pronto mandé confeccionar una placa de bronce con el título de Sociología Naval, una incipiente rama derivada de la Sociología Militar que yo esperaba poder aportar a la gestión de personal.

Mis obligaciones rutinarias eran acompañar al Director como Secretario de Actas en las reuniones mensuales de los comités de Bienestar, Educación y Sanidad, los cuales estaban integrados por almirantes y oficiales superiores que ejercían cargos importantes en dichas áreas. Se planteaban inquietudes, se resolvían problemas y se definían las políticas a seguir en el futuro próximo. En ese nuevo rol aprendí la enorme utilidad de las grabadoras y la necesidad de aplicar la capacidad de síntesis, para que no quedara ningún cabo suelto, evitando eso sí que las actas se convirtieran en documentos de una lectura interminable.

Otra de las tareas periódicas eran las visitas a las zonas, distritos y comandancias navales distribuidas a lo largo del país. La comitiva era presidida por el Director y estaba integrada por los jefes de departamento y este asesor, mientras que el subdirector se quedaba para "apagar los incendios" que se produjeron durante la ausencia de la plana mayor. Dependiendo del tamaño y ubicación de los lugares a visitar los viajes contemplaban desplazamientos aéreos y terrestres por unos cuantos días. Durante la visita cada jefe se entrevistaba con sus homónimos para atender en terreno las necesidades más urgentes del personal, las que normalmente eran de vivienda o salud.

Antes de efectuar la segunda visita de la citada comitiva de la Dirección les comenté a los otros oficiales, durante la hora de almuerzo, que había preparado una breve encuesta, en revisión por el almirante Dufeu, la cual sería aplicada en las siguientes giras a un número estadísticamente significativo de marinos de diferentes grados, escogidos al azar, para conocer sus principales inquietudes,

- Pero comandante, eso significa saltarse el conducto regular, señaló el jefe del Departamento a cargo de los oficiales
- Hay que tener cuidado que esto puede traer consigo prácticas de tipo sindical, terció el Jefe del Departamento del personal
- Dejen que el comandante Cordovez nos explique, intervino el subdirector, quien estaba al tanto de la iniciativa



- Yo opino que una cosa es la inquietud personal que un subalterno le comunica a su oficial de división, la que por conducto regular se transmite hasta el nivel superior, y otra muy distinta es conocer la diversidad de opiniones en temas que afectan a toda la dotación, más aún en una zona naval donde hay miles de servidores que realizan diversas funciones. En la primera visita de este año vimos que es imposible entrevistarse con todos ellos. La encuesta entonces resulta ser un mecanismo práctico para establecer tendencias generales y tomar acciones respecto a necesidades específicas de una mayoría de individuos. Por decirlo de alguna manera, una cosa es el pronóstico de las condiciones meteorológicas y otra es la sensación térmica de cada persona o, como todos sabemos el IPC funciona, pero no representa ningún carro de supermercado en particular.

La discusión duró hasta los postres, algunos quedaron convencidos otros resignados. Algunos mantuvieron sus cejas levantadas mostrando su aprehensión respecto de estas nuevas prácticas que según ellos afectarían el ejercicio del mando. Me di cuenta que la principal dificultad de estos primeros esbozos de sociología naval sería la siempre difícil tarea de superar la natural y potente resistencia al cambio. Las encuestas se aplicaron. Una vez procesadas y analizadas por los comités de la DGPA, proveyeron un mapa nacional preliminar sobre necesidades sociales del personal levantadas en terreno.

Al margen de las actividades mencionadas fui designado para presidir el Comité Asesor de la Fundación "Almirante Carlos Condell", la cual administraba liceos técnicos profesionales en Iquique, Valparaíso y Curaco de Vélez. Destacados profesores de universidades porteñas concurrían al comité, la mayoría de carreras relacionadas con el mar. Sus aportes servían para mejorar los programas de estudios de la Fundación con los avances internacionales en las ciencias marítimas que desarrollaban sus respectivas casas de estudios.

Dicho contacto mensual con el mundo civil se complementaba con las clases vespertinas de metodología de la investigación que impartía a estudiantes de Ingeniera Comercial en la Universidad de Valparaíso y del Instituto Profesional de la Fundación DUOC, así como el haber sido elegido para integrar el directorio del colegio "Saint Dominic" donde mi hija menor cursaba tercer año medio.

Este organismo, al cual daba cuenta mensual el rector del colegio, estaba integrado por varios apoderados que eran oficiales de marina, un abogado del MOP y un juez de la Corte de Apelaciones. Era presidido por mi compañero de curso Werner Latour y, antes de su transbordo a Punta Arenas, iniciamos el proyecto de ampliación del colegio con un edificio de 3 pisos, para lo cual hubo



que obtener la aprobación de la asamblea, encargar el proyecto arquitectónico, gestionar el préstamo bancario y controlar la ejecución de las obras, todo lo cual requirió de muchas reuniones extraordinarias. En estas actividades se fue consolidando el trabajo de equipo y se fortaleció una sana amistad que al término de las sesiones nos llevaba a cenar juntos y terminar cantando tangos.

Esta nueva experiencia en el ámbito de administración educacional debió ser tomada en cuenta por el almirante Dufeu, dado que decidió nombrarme presidente del directorio del colegio naval "Capellán Pascal", el cual iniciaba su segundo año de vida con el desafío de ampliar su cobertura a la Educación Media. Esta iniciativa naval, que después fue imitada por el Ejército y la Fuerza Aérea con los colegios "Alcázar de Las Condes" y "Nuestra Señora de Loreto," tenía por objetivo complementar el menor sueldo de quienes servían en la Armada con un establecimiento de buena calidad a bajo precio, un beneficio real para aquellos oficiales que eran tentados por las mejores ofertas del mercado laboral.

Con lo anterior se buscaba proveer una cobertura integral de vivienda, salud y educación, desarrollada principalmente en Valparaíso, Talcahuano y Punta Arenas donde se concentraban la mayor cantidades de marinos en servicio. Circulaba en esos años por las cámaras de oficiales un comentario jocoso que caricaturizaba el sistema inclusivo del mundo naval con la siguiente saga: "Egresas de la Escuela Naval, te casas en la capilla naval, haces tu fiesta en la pérgola y pasas la luna de miel en las cabañas de Club Naval de Campo, tienes tus hijos en un hospital naval, los que se educarán en el parvulario "Lobito Marino" y el colegio "Capellán Pascal", para que después postulen a la Escuela Naval y finalmente se casen con la hija de un oficial de marina".

El honor de concretar la consolidación del proyecto se veía acentuada por mi relación personal con don Enrique Pascal García Huidobro. Él me había convencido que la peor decisión era retirarme de la Escuela Naval para acompañar a mi madre cuando quedó viuda; fue quien me trajo de vuelta al redil en mi juvenil crisis de fe y fui muchos domingos a escuchar sus excelentes prédicas a la iglesia de los benedictinos; era quien había alentado mis primeros escritos y discursos en la academia cultural; mi profesor de filosofía en la Escuela Naval y de Derecho Internacional Marítimo en la Academia de Guerra; había bendecido mi primer matrimonio y confortado al momento de la separación.

La administración del "Capellán Pascal" se había instalado en las antiguas dependencias del Subdepartamento de Municiones. También se habían rediseñado y ampliado como salas de clases las precarias instalaciones de lo que



fuera un economato naval que permitió a los marinos poder adquirir víveres indispensables durante la escasez vivida en el gobierno de la Unidad Popular.

A todas luces se requería construir un edificio adecuado para albergar a los actuales alumnos de la educación básica y a los futuros de la educación media. El almirante Dufeu tenía absoluta conciencia de esta urgente necesidad.

La ubicación del colegio contigua a la población de oficiales en la calle Riquelme de las Salinas era muy conveniente para quienes vivían allí, pero no tanto para quienes habitaban en la población Vergara, los cuales tenían que superar el taco matutino de la Avenida Jorge Montt para ir a dejar a sus hijos. Además, junto al muro del colegio pasaba un canal que traía desperdicios desde la quebrada y atentaba contra la higiene que debe existir en un establecimiento educacional.

La solución estaba a la mano ya que existía un terreno recientemente desocupado por la Infantería de Marina, que se había trasladado a Concón, el cual limitaba con las casas del barrio "Jardín del Mar". Se encargó un hermoso proyecto arquitectónico, moderno y funcional, que fue presentado al Almirante Bush por el propio arquitecto, pero que inesperadamente fue rechazado. El balde de agua fría fue lo que supimos en ese momento. El Almirante había preferido destinar el terreno disponible para instalar la sede principal de la Universidad Marítima. Esta decisión motivó el encargar al Servicio de Obras y Construcciones la construcción del edificio que actualmente alberga al colegio Capellán Pascal en el mismo lugar en cual había dado inicio a sus actividades docentes.

La anterior decisión también minó el logro de una finalidad que estaba en las bases del proyecto educacional. En estas se especificaba que la matrícula del colegio estuviera conformada por un 80% de alumnos hijos de marinos y un 20% hijos de civiles. Ello con el doble propósito de financiar su operación, dado que los marinos pagaban un precio rebajado y los hijos de civiles un precio de mercado, y también una integración con la comunidad en un establecimiento de fácil acceso que no estuviera ubicado al interior de un recinto naval. En reunión del Directorio tomamos la decisión de alcanzar la meta del 20% de alumnos hijos de civiles para equilibrar las finanzas, ya que existía bastante demanda civil. Decisión que trajo consigo fuertes presiones para que fueran matriculados algunos hijos de oficiales que por sus notas habíamos dejado en lista de espera.

La navegación en el AP Pardo a Isla de Pascua no fue la última que realicé vistiendo uniforme ya que después viajamos con el rector del colegio a una reunión de coordinación curricular con los docentes del colegio "Arturo Prat Chacón" en la Base Naval de Talcahuano. Un establecimiento creado el año 1926



para atender las necesidades educacionales de los hijos de marinos que tenían dificultades para sus diarios recorridos a colegios ubicados fuera de la Base.

Después de traspasar la Puerta de Los Leones en nuestra llegada a Talcahuano me fui a presentar al Comandante en Jefe de la II Zona Naval, el entonces contralmirante Jorge Clavel, mi brigadier de mote en la Escuela Naval. Él era sobrino nieto de don Lautaro Clavel Dinator, oficial navegante íntimo amigo de mi padre y ambos habían salido a retiro de la Armada el año 1939 con el grado de Capitán de Navío. Cuando yo era niño había visitado nuestra casa de Irrarrázaval vestido de cadete naval con su hermano vestido de cadete militar.

- ¿Cómo está Enrique? ¿Qué viene hacer por estos lados?
- El colegio Capellán Pascal mi almirante...

Durante la distendida conversación que siguió al saludo inicial, me preguntó si alguna vez había navegado en un submarino y yo le respondí que solamente los había perseguido durante ejercicios con buques de la Escuadra. Dicho lo cual, me invitó cordialmente a pegarme una "china", ya que el SS Simpson zarpaba al día siguiente, a primera hora, para realizar un operación de intercepción a varias unidades navales que ingresarían a la bahía de Concepción por la Boca Grande, invitación que acepté de inmediato muy agradecido de su gentileza.

- Venga a mirar por el periscopio, me decía el comandante del submarino, regulándolo a mi altura cuando iniciamos la inmersión.



Un espectáculo inolvidable fue la inmersión desde el nivel del suave oleaje de la bahía, en un día gris, al enjambre de burbujas blancas sobre un fondo de color azul oscuro, cuya tonalidad iba aumentando en la medida que el submarino ganaba, en cada segundo, una mayor profundidad.



En esos instantes pensé que para mí también había llegado la hora de dejar la seguridad de la profesión naval para sumergirme en el incierto futuro de la actividad civil y seguir pedaleando hasta que los hijos completaran su educación.

Al salir de la Armada teníamos con mi esposa 2 hijas en edad escolar cada uno y un hijo menor en común de 3 años. Recibiría una pensión de Capredena más exigua que el total del sueldo estando en servicio activo y perdería también los beneficios de la casa y el auto fiscal, pero alguna oportunidad surgiría en nuestro horizonte, porque a nadie le falta Dios.

❖ **Ingeniero en Armas de la Academia Politécnica Naval y Magíster en Sociología por la Pontificia Universidad Católica de Chile.**